

# 9º Certamen de Narrativa Social del Ateneo Libertario Al Margen



# **9CERTAMEN DE NARRATIVA SOCIAL**

Mariano Monge Juárez

Juan Carlos Somoza García

Eduardo Jauralde

Ana Cristina Pastrana

Sergio Turovetsky

Roberto Jusmet Cassi

**Ediciones AL MARGEN**

Valencia, 2009

EDICIONES AL MARGEN . N° 22

Edita: Ateneo Libertario Al Margen

C/ Palma, 3

Tel. 96 392 17 51

46003 VALENCIA

[www.ateneoalmargen.org](http://www.ateneoalmargen.org)

[correo@ateneoalmargen.org](mailto:correo@ateneoalmargen.org)

Imprime: Grafimar, S. Coop. V.

Dep. Legal: V>0000>2009

Portada e Ilustraciones: Paula Cabildo

# **Índice**

## **Prólogo**

### **El Ascensor**

Mariano Monge Juárez

### **El Tiempo en el Espejo**

Juan Carlos Somoza García

### **Marea Celeste**

Eduardo Jauralde

### **Trotamundos**

Ana Cristina Pastrana

### **La Muerte de Juan Luciani**

Sergio Turovetzky

### **El Trueque**

Roberto Jusmet Cassi

# Prólogo

Bien... ya estamos, una vez más, en esta excitante orilla. Por novena vez asistimos a esta cita. Con regularidad bianual tenemos el placer de, habiendo completado un trabajoso camino, situarnos en la orilla de un nuevo lanzamiento. Aún en nuestro regazo y a punto de recibir su primer baño, un flamante "barquito de papel". Este singular "barquito" (con formato de libro) iniciará su propia andadura, deseo de encontrarse con el calor de unas manos curiosas y la lectura interesada.

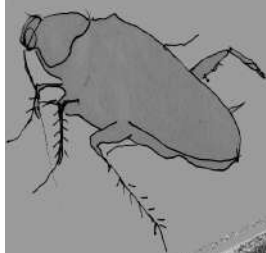
En este pequeño navío viajarán seis diferentes estilos. Seis cautivantes narraciones zarpan hoy, en busca de la buena ventura y la oportunidad. Más de noventa aspirantes habrían valorado el poder formar parte de la tripulación. Y no ha sido un trámite ligero el que medió entre aquellos noventa envíos (recibidos en nuestra casa, el Ateneo Libertario Al Margen) y estas seis narraciones que finalmente han ameritado el reconocimiento de la selección.

Constituir un jurado no es fácil. Establecer criterios comunes para la evaluación no es nada fácil. Y si se pretende asumir esta tarea desde una perspectiva libertaria, la cosa se enreda todavía más. El marco libertario predispone una mirada despreciada pero

a su vez signada por el compromiso “temático” y la promoción de unos determinados valores socio-culturales. De modo que el “desafío editorial” ha consistido en procurar mantener el equilibrio. Nuestra cuerda floja ha oscilado entre la problemática estilística y la estimación respecto de los contenidos. Aún contando con el hecho de que “la forma también es parte del contenido” (porque ciertas decisiones estilísticas pueden suponer un tipo de actitud política), aquí se ha intentado dar mayor relieve a las narraciones nutridas, conceptualmente hablando, por un espíritu crítico. Lejos del efectismo panfletario, ese “aura de denuncia social” ha derivado aquí hacia los temas más sonados de nuestra actualidad (como son el mundo del trabajo competitivo o el acuciante asunto de la vivienda) pero también ha habido sitio para la reflexión existencial y el tratamiento intimista. De esta manera, nuestro "barquito" tendrá la versatilidad de un anfibio. Podrá navegar con brío (e incluso con buen humor) en la corriente de los temas que encabezan el debate político y también podrá, con idéntica pericia, sumergirse hasta las profundidades de las voces interiores del ser humano.

Ahora soltamos esta “dotación literaria” en las aguas abiertas. Vemos cómo se aleja de la orilla buscando, como toda obra, su propia historia. Nos embarga la ilusión y la complicidad. Sabemos que en este barco de papel viaja la mirada aguda y sensible de seis autores. Viaja la ironía, el ingenio, la ternura, la crítica, la melancolía, el razonamiento, la creatividad y la deliberación interior. Incluso el absurdo y la rareza se han hecho un pequeño sitio en esta edición.

Seis voces inquietas han sabido labrar, con su buen hacer, una plaza en este viaje y ahora sólo queda esperar a que los puertos se abran a su paso.







# El Ascensor

*Mariano Monge Juárez*

Estaba leyendo un libro de cuentos que me habían regalado cuando cumplí cuarenta años. El relato que más me gustaba era uno de Juan Ángel Castaño: narraba cómo un hombre había decidido vivir en un tren. Me pareció una solución genial. Vivir en el tren es realmente romántico, lo malo es que hay que tener dinero, pensé yo. En esto que entraron y me distrajerón un poco, pero en seguida pude reanudar el hilo del breve relato, hasta que lo acabé.

-Antonio era hermano de Enrique, aunque en realidad nunca llegaron a conocerse; su padre no lo permitió, ya sabes como era el tío Juan, muy suyo él... y no le gustaba nada mezclar sus cosas de joven con las del matrimonio con la tía... la adoraba. Era un hombre de orden.

La mujer contestó moviendo ligeramente la cabeza, con un gesto de afirmación y compromiso. Tenía los ojos hinchados, un pañuelo húmedo en la mano derecha y el bolso abierto, además, la mujer iba despeinada. Su marido, el que había estado hablando

todo el tiempo, no tenía muestras de tanto cansancio.

Después de estos, subieron dos mujeres mayores que no dijeron nada en todo el trayecto, sólo al salir, cuando se despidieron de mí, con un -buenas noches- apenas audible por un oído sano.

A continuación bajaron dos hombres y dos mujeres de mediana edad, uno de ellos dijo que no sabía ni dónde había aparcado el coche y su esposa le contestó que ya verían lo que se encontraban al llegar a casa, si Jesús habría hecho los deberes después de toda una tarde con la nueva canguro, una chica demasiado joven. En el viaje, el otro hombre estuvo mirándose los zapatos y su mujer suspiró dos veces hasta que logramos bajar a la planta cero. Salieron sin decir nada.

Era ya tarde, estuve un rato sólo, aproveché para descansar de tanta visita. A partir de las doce de la noche empieza todo a estar cada vez más tranquilo y se puede uno relajar. El encargado de mantenimiento detiene el ascensor en la última planta y apaga la luz. Sólo deja uno de los ascensores en activo durante la noche. Es cuando yo puedo dormir en este ascensor parado y cerrado, hasta las siete en punto de la mañana, que se pone en marcha de nuevo y apoya el servicio del otro ascensor. Me despierto diez minutos antes de la hora, me mojo los ojos con saliva y ya estoy listo para todo el día. Al principio me costó un poco adaptarme -no es un chalé con vistas a la playa- pero sí es un lugar tranquilo para vivir.

Me separé de mi mujer hace casi cuatro años. Después vino una mala racha: el precio de la vivienda se disparó y me embargaron el piso. No pude

afrontar la hipoteca, que subió más de dos puntos en un año. Concluyó mi contrato. Se me acabaron los cuatrocientos días de subsidio de desempleo. Parece ser que a mis cuarenta y ocho años soy un anciano para trabajar, porque nadie me quiere contratar. No puedo acceder a una vivienda y mantengo una deuda importante con el banco -más de ciento veinte mil euros. Desde que me separé y perdí mi empleo, tengo algunos problemas de ansiedad. El psiquiatra del seguro me diagnosticó síndrome de adaptación. Siempre me ha llamado la atención esa palabra de la adaptación porque me recuerda a la selección natural de las especies y por eso me siento en la piel de un dinosaurio.

Pasé los primeros meses viviendo en una plaza de garaje de mi hermano mayor en la que no aparcaba el coche, pero al final, tuve problemas con mi cuñada y me marché; le compraron un coche a la menor, mi sobrina Amparo, y -no lo iba a dejar en la calle, para que se lo rayen o se lo roben- decía su madre. Así que tuve que dejar el parking. La verdad es que no se estaba mal allí.

Luego estuve viviendo dos meses en el hueco de unos contadores de la luz. Tengo que confesar que ha sido mi mejor vivienda; eran por lo menos dos metros y medio para mí solo. Molestaba un poco el ruido de los contadores, pero llegué a acostumbrarme, además de que me entretenía seguir el movimiento de los kilowatios, hacer estadísticas, previsiones de consumo. Era un lugar tranquilo, un poco húmedo y, aunque de vez en cuando aparecía alguna cucaracha que me amargaba la noche, se podía vivir.

Tengo que confesar que aquel habitáculo llegó a ser mi hogar... Al final hasta me familiaricé con estos insectos, de tal modo que incluso me dio por leer artículos sobre ellos: son muy resistentes, están en el planeta desde el tiempo de los dinosaurios y son capaces de alimentarse hasta con alguna variedad de pegamento... ¡asombroso! Las cucarachas son casi indestructibles, sobre todo las americanas, mucho más sofisticadas, que están haciéndose con el nicho ecológico de las nuestras de toda la vida, las negras, más pequeñas, la germánica. El que mejor se adapta es el que disfruta de la vida. En general, el cuarto de los contadores era un buen sitio para vivir, pero sólo me duró unos pocos meses; tuve que salir de allí porque me descubrió la señora de la limpieza. No solía entrar al cuarto de los contadores, pero un martes por la mañana, que tuve la mala suerte de quedarme dormido, quiso dar una limpieza y me encontró despe rezándome. La señora no pudo ayudarme; al principio me dijo que a ella le daba igual dónde viviera yo, pero... se estaba jugando el empleo. El presidente de la comunidad me amenazó con llamar a la policía... y a mí no me gustan los escándalos, así que cogí mi pequeño equipaje y me marché a buscar mejor suerte en otro lugar.

Probé a quedarme en un coche abandonado. Me metí al mediodía, pero por la noche apareció un señor que me obligó a dejarlo. Aseguraba que aquel era su cobijo, y si no me voy de allí, me mata con una estaca que llevaba. Pensé en un contenedor, pero no era fiable, ya había habido varios accidentes mortales, y eso que me seducía la idea de compartir mi

existencia con un habitáculo de reciclado de papel. Luego pretendí quedarme en una taquilla de la estación de ferrocarril, pero era demasiado pequeña y siempre se me quedaban las piernas o la cabeza fuera.

Lo intenté también en una cabina de teléfonos, pero cuando alguien quería usar el servicio no cabíamos dentro, y me tenía que salir a la calle. Además, la gente me miraba de una forma muy rara y tengo que reconocer que me molestaba bastante; discutí un par de veces con unos señores; desaprobaban el uso que estaba haciendo de un servicio público y quizá llevaran razón.

Después de la cabina estuve casi un mes entero en la sala de espera de un hospital de la Seguridad Social, pero era muy problemático, porque si salía a dar una vuelta había veces que al regreso ya no cabía en la sala de espera; estaba repleta de familiares y enfermos. Lo único bueno era la diversidad y riqueza de culturas con las que tenía que convivir. La verdad, tuve interesantes y largas conversaciones con hombres y mujeres de casi todos los países del mundo mientras esperaban el sonido de su nombre por megafonía. Lo malo fue cuando el vigilante de seguridad se percató de mi presencia reiterada. Llevaba ya unos días un poco mosca conmigo. El guardia se había hecho cargo de mi situación; en realidad había estado haciendo la vista gorda casi desde el principio. Eso tengo que agradecerle. Me dijo que también estaba hasta el cuello con la hipoteca y que me comprendía y que si por él fuera, yo podría vivir perfectamente así toda la vida, sin meterme con

nadie, que hasta le caía simpático, pero que ya se habían dado cuenta los coordinadores de área y por eso me tenía que ir lo antes posible; se estaba jugando el empleo, me confesó con disimulo el vigilante. Lo comprendí y me marché aquella misma mañana.

Vivir en la calle no era decente, así que tuve que buscarme otro sitio, en ello que me encontré con mi primo. Nos saludamos con mucho cariño. Hacía años que no nos veíamos. Me contó que había encontrado trabajo en un tanatorio, de oficial de mantenimiento, ganaba setecientos cincuenta euros netos, cotizaba casi mil y hacía sólo ocho horas -como un funcionario estoy... un chollo. Lo malo, tanto muerto, y las familias que lloran sin parar... pero te acostumbras. Al final te acostumbras a todo-. Me decía. Le conté que a mí no me habían ido demasiado bien las cosas. Puso la mano sobre mi hombro, se inclinó un poco hacía el oído y me sugirió que viviera entre el ascensor del tanatorio y en la garita de las herramientas de la azotea; sería un lugar tranquilo, estaría acompañado, nadie me echaría, tendría un cuarto de baño cercano, podría leer el periódico de la cafetería, y dormir en paz, en casi dos metros cuadrados, porque por las noches, uno de los dos ascensores se desconectaba para ahorrar energía. La garita no me aconsejaba para las noches por el frío o el calor que llega a hacer. Contaba con su complicidad y si éramos discretos ya no tendría problemas de vivienda.

Y así fue hasta hoy. Ahora puedo leer el periódico todos los días. En invierno tengo calefacción y en verano, aire acondicionado. Es un lugar especialmente tranquilo, tanto, que he decidido ponerme a

estudiar oposiciones a conserje. Estudió todos los días casi ocho horas en la garita del auxiliar de mantenimiento, mi primo. Este habitáculo está en la azotea, desde donde se ve toda la ciudad. Me relaja el paisaje; la fiesta de azoteas, antenas de televisión y grúas. Además, he tenido la suerte de vivir en un tanatorio que no es crematorio, y por tanto, no hay chimeneas, ni humos. Desde este lugar privilegiado estudio los temas de las oposiciones, sobre todo en primavera, que no hace ni frío ni calor. Me aprendo de memoria la constitución y me sonrío cuando paso de puntillas por el artículo cuarenta y siete.

Yo vivo en un tanatorio, ha sido mi solución habitacional.

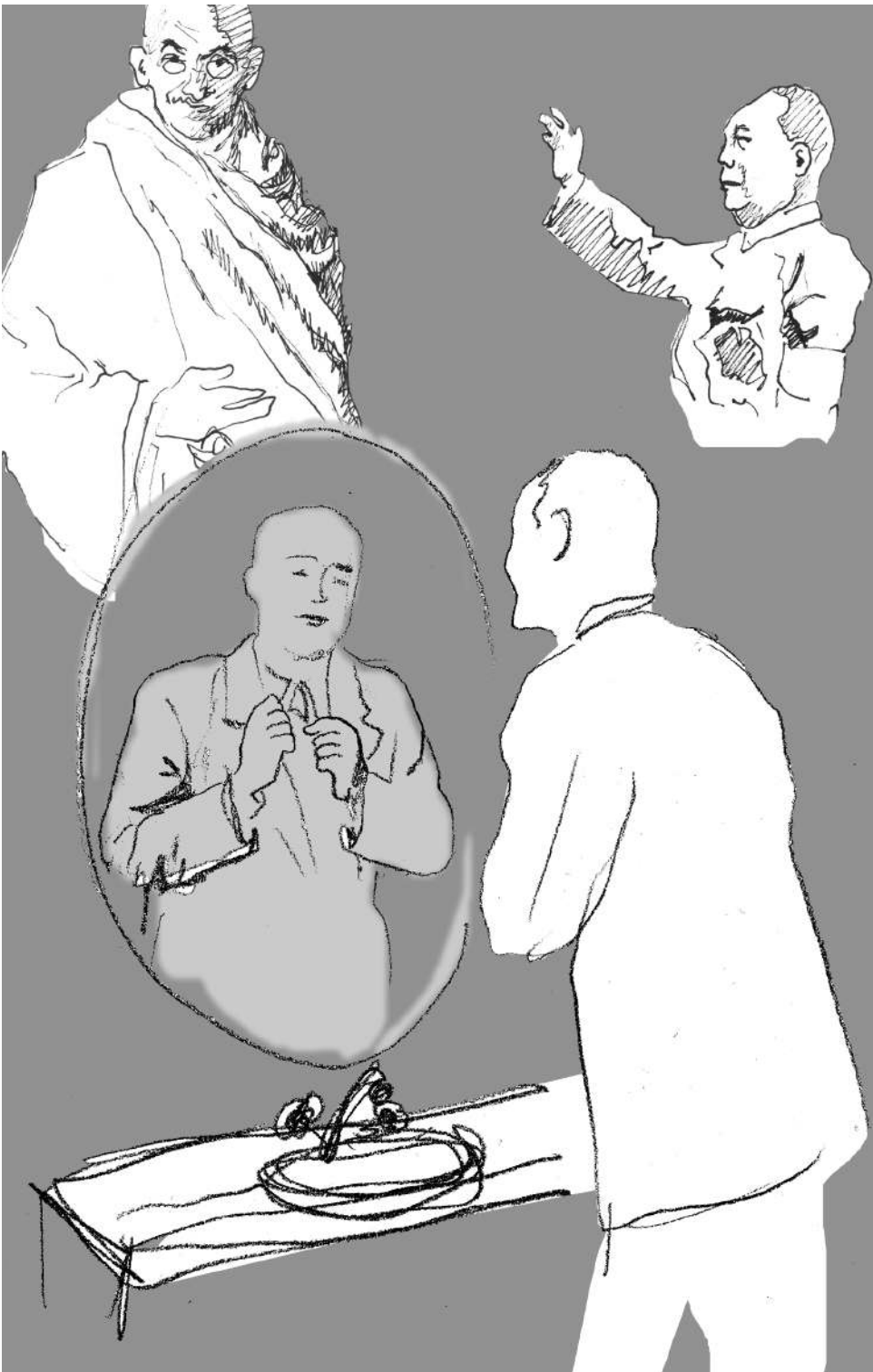


## Mariano Monge Juárez

Escribo por una razón y dos emociones; escribir es sano para la mente; me gusta escribir y, aunque sea toda una presuntuosidad, siento que escribir es lo único que puedo hacer por mejorar el mundo futuro.

Hijo de andaluza y madrileño, emigrantes españoles en Alemania, nací en Elche, en 1971. Estudié Geografía e Historia en la UA y Antropología en la UMH. Durante 1998 y 2002 trabajé en varios proyectos de Cooperación y Desarrollo en Asentamientos Humanos de Lima y la selva, en el río Ucayali, pero el sufrimiento en carne y hueso ajeno, y el ingenuo desengaño que sufrí en la gran manifestación de Génova, me hicieron reflexionar. Ya sólo creo en la literatura; escribo con el cándido deseo de cambiar el mundo.

Soy autor de dos libros y he recibido algunos premios literarios desde el año pasado. Dejo escapar el tiempo de hoy en trabajos de supervivencia y en una tesis doctoral sobre la ciudad contemporánea.



# El Tiempo en el Espejo

*Juan Carlos Somoza García*

El hombre se mira en el espejo. Lleva días presintiendo que en el azogue se esconde una fuerza que atrae y le obliga a fijar los ojos en su reflejo espectral. Es algo que permanece latente desde que cumplió los cincuenta y nueve años y que hoy, que ha decidido no afeitarse, se ha manifestado. Mantiene la mirada y un gesto de sorpresa se adueña de su rostro cuando percibe el susurro que se enreda en su mente.

-(Ya estás aquí. Te he esperado durante mucho tiempo y ahora no sé si nuestro encuentro me produce alegría. Tal vez hubiera preferido una demora, o quizá su precipitación... está relacionado con la percepción de lo vivido, aunque puedo asegurarte que me causa bienestar el simple hecho de tu llegada consciente. Nos queda mucha vida y tu experiencia irá nutriendo de sabiduría esta alianza.)

Cree reconocer esa voz. Hay algo en el tono de las palabras oídas por su mente que le produce empatía. Parece como si, durante su intensa existencia, quien quiera que sea hubiera estado vigilándole, ocupando

una silla en la distancia, observando la metamorfosis producida en cada una de sus células. No puede apartar la mirada del espejo y escucha:

-(Ahora me miras a los ojos. Te conozco desde que nos engendraron. Naciste, y yo he nacido de ti.)

Empieza a comprender. El eco de la voz resuena en su interior y sabe que quien le habla viene a tomar el relevo a su madurez. Es la senectud que anticipa su llegada temiendo la renuncia de un vapuleado cuerpo. Ha accedido a una etapa de la vida en la que el cambio de piel de su existencia es una exigencia inevitable, y la única manera de afrontarla es abandonar el pasado sin reproches. Pero el tránsito requiere una última mirada a lo que fue y, sin apartar la vista del espejo, escarba en cada cicatriz de su memoria. Tiene una necesidad vital de hurgar en las reminiscencias y aclarar cada duda que le asalta.

Con dedos de terciopelo acaricia los sueños, mecidos en hornacina de nácar, y ellos acuden solícitos a la llamada del sentimiento. Su mirada sigue fija en el espejo, tiene la seguridad de que le devolverá uno a uno sus recuerdos. La voz regresa:

-(No puedes llegar a mí vulnerable, soy la parte más interesada y te ofrezco comprensión, aceptación, afirmación y cariño. Es mi misma demanda para los años venideros. Te escucho.)

El hombre busca con ahínco una relajación consciente, sabe que la inhibición de sentimientos e ideas no permitirá que afloren las energías que presionan su interior. Envía una súplica cautiva en su mirada y el espejo, seducido, escoge la bondad y permite el reflejo de cada instante implorado. Ante los ojos, ávi-

dos de imágenes, se anuncia un holograma dispuesto a danzar sobre el destello de otros ojos que le miran. Y antes de que se produzca, la voz vuelve:

-(No importa lo que hicimos, yo estaba allí y no intervine. Ahora la única esperanza es el futuro, y sólo a lomos del corcel reposado de mis ansias podemos recorrer la senda hasta alcanzarlo. Por ello, cuéntame nada más lo sucedido el año en que nacimos, el resto es agua pasada que se confunde en el mar.)

¿Olvidar? ¿Empezar de nuevo? ¿Tropezar y caer otra vez en cada sima recordada? Las palabras liberadas del espejo le producen inquietud y tambalean su ánimo, pero antes de que reaccione, continúan:

-(Para qué quieres la energía reprimida que se escuda en el pasado. Se cierne sobre nuestro proyecto de vida y es un lastre que nos incapacita para vibrar con cada instante. Algún día hablaremos de ello, llegará el momento, porque también a ambos nos espera la paciente soledad y con ella hay que conversar sin miedo, arriesgando, propiciando que fluyan los recuerdos. Ahora sólo quiero saber qué ocurrió el año en que nacimos, sus señas de identidad, sus alegrías, desvelos y desvaríos... cual fue el punto de partida para saber dónde estamos. Por eso, cuéntame nada más qué ocurrió en el cuarenta y ocho.)

El hombre, manteniendo la mirada en el espejo, retrocede y se acomoda en el taburete dejando que su espalda se apoye en la pared. Nota el frío de las baldosas en la nuca y esa sensación parece reavivar el recuerdo. El año de nacimiento ha sido objeto de un

concienzudo estudio por su parte, como si presintiera que en algún momento iba a convertirse en el combustible necesario para el motor de su existencia. Es dueño de su tiempo y accede a la exigencia de la voz. Mil novecientos cuarenta y ocho...

...Miguel de Rumanía se va, Ana, la princesa, le ha ayudado a abdicar. En Oriente Próximo una serpiente execrable reparte su veneno entre judíos, árabes y palestinos. En Grecia, lucha de los partisanos. La ONU busca el control controlando la energía atómica. Los chinos zarandean en Cantón la flema británica. Birmania renuncia a su tutora Inglaterra. A Mohandes Karanchad, indio, político y humanista, le asesina un ser humano...

...España repudiada por el ecléctico Plan Marshall. Mahatma Gandhi se funde con el Ganges. Jerusalén llora sangre frente al Muro de las Lamentaciones. La guerra fría hiela el corazón de Europa. Se hunde el "Rafael Cantó" en Bermeo, y un padre paga tributo al mar con sus dos hijos...

...Estudiantes de Praga reciben fuego cruzado para apagar sus ansias de libertad. Guerra incivil en Costa Rica. Gerardo Diego, poeta y pianista, divulga su mensaje...

...Y en las cercanías, en una sórdida pensión cuyas paredes despiden el tufo apestoso de unos churros calientes, se guardan de la acción de la injusticia dos seres queridos -queridos padres aún más amados por no haberlos conocido- A él le persiguen, ella permanece a su lado. No son tiempos de reivindicación, aún impera el influjo de un aprendiz de Führer con su indolente Wehrmacht. El sueño violento que hace

crujir un vetusto colchón, la respiración entrecortada, un sobresalto de los cuerpos y... unos insistentes golpes en la puerta...

-(El mar exige su tributo ahogando el fruto de la vida. El río acoge la esencia de la concordia. La frialdad acaba convirtiendo el agua en el muro helado de la desesperanza... Y la inquietud de nuestros padres...)

...Argentina vuelve sus ojos a ultramar y envía el mercante de su generosidad para que España no naufrague. En Yugoslavia la fe, agredida, huye en busca de refugio. Colombia y Costa Rica se retuercen en sus guerras intestinas. Sommerset Maugham se acerca trayendo en sus manos el aire fresco de los sueños...

...Se establece el Estado de Israel. Berlín acoge el desacuerdo de rusos y aliados en la desenfrenada carrera de la incomunicación. Una niña es asesinada en Blackburn, asesinada, la niña fue asesinada...

...Seis potencias aliadas deciden un futuro: el de Alemania. Perros salvajes, hijos de perros policías alemanes abandonados, atacan su hambruna desolando el pirineo. Todavía hay agua en los embalses españoles...

...Y se quedó sola. Dijeron que volvería pronto, después de interrogarle, una vez que reconociera sus errores... pronto. Recostada en la mecedora intemporal, percibiendo el olor hediondo que desprenden las paredes, abandonada a unos ojos que recorren displicentes la estancia, manteniendo su aliento pegado a los dedos que se anuncian en los mitones de

lana deshilachada... piensa. Piensa en esa última noche que pasaron juntos y duda que vuelva a repetirse, quizá por ello presente en su interior el fruto de su entrega...

-(Un amigo en la distancia que rezuma intimidad. El disparo de un libro en la sien de mil persecuciones y conflictos. Los dos celosos centinelas custodiando sus feudos. El pueblo del desierto que encuentra su oasis y destino. El niño que oculta en su exterior al hombre que asesina... Y el sacrificio de nuestros padres...)

...Un polizón arroja su vida a los pies de un avión Douglas. Berlín, centro mundial del aislamiento, estrecha los lazos de la discordia entre los poderosos. Perú, Grecia, Chile, Yugoslavia... todos ellos huyen despavoridos de la paz y buscan el reflejo de Tel-Aviv. Casi veintinueve millones de habitantes en las dos Españas...

...Bilbao se regala un aeropuerto en las bodas de oro de su Athletic. Tercer aniversario de la desaparición de Hiroshima y Nagasaki a manos de prestidigitador consciente y amante del silencio...

...Peregrinos buscan en Santiago de Compostela, en el año santo jacobeo, el camino de su vida. Hay disturbios en Praga, en Budapest se fusila, y el Conde Bernardotte es asesinado en Jerusalén para evitar que su mediación impida florecer a la semilla del odio. Los jornales no alcanzan a los obreros franceses, se arrastran por toda Francia persiguiéndoles en sus huelgas...

...Y él percibe una fragancia de violetas, y quiere recorrer el puente levadizo que le permita huir en



busca de su amada. Empieza a pensar que Nietzsche es demasiado riesgo. El inmóvil calabozo le arroja la soledad y sus uñas, destrozadas, arañan las paredes en busca de un resquicio que le permita respirar. Teme al lodazal de la noche en que encalla el pensamiento y abre los ojos para no abandonarse. Hasta que un duermevela le vence y siente cómo los lobos de tez oscura, depredadores de sueños y sonrisas, van reptando por cada poro sensible de su dignidad...

-(El futuro encaramado en las patas de una paloma asesina. Alguien confundió al progreso y éste descargó su furia volando sobre Japón. La herida en tierra santa que supura. El hartazgo del hambre que clama en la boca de los trabajadores... Y el calvario de nuestros padres...)

...Controladores del mundo tratan de evitar el descontrol de la energía atómica. Oriente Medio persiste en su huida hacia ninguna parte. En el muro de Berlín la libertad se paga con onzas de plomo. Pietrino Gamba, un niño de once años, dirige la orquesta sinfónica y Beethoven y Mendelsshon renacen...

...Carros de combate contra picos de minero en Francia. La cuenca del Ebro se muere de sed y España se ahoga de sequía mientras rezos y súplicas inundan la tierra implorando que las aguas vuelvan a su cauce. Hideki Tojo condenado a la horca en un juicio de paz, por crímenes de guerra. Picasso dona a los mineros, para su caja de resistencia, un millón de francos, y todos entienden su obra...

...La ONU admite el español como idioma de trabajo, y David Grún -Ben-Gurión- recibe la negativa

a la admisión de Israel. Chang Kai Chek y Mao Tsé Tung se juegan China en un tablero de ajedrez ensangrentado. Manifestación de palomas en la Plaza de San Marcos, en Venecia, huelga de alas caídas reivindicando la paz...

...Y se duerme para siempre prendido en el sueño de unas manos que acogen mientras otras, desoladoras y frías, asedian su piel en busca de respuestas pretendidas. A ella le dijeron que fue natural la muerte. No lloró. Las lágrimas, ateridas, se unieron para formar el hielo de su mirada. Esperó. Esperó hasta el día en que mi grito de vida se confundió con su silencio de muerte. Yo nací y mi madre partió al encuentro de mi padre... Mil novecientos cuarenta y ocho... año de la declaración de los Derechos Humanos...

-(Sin aire en las entrañas y un huracán en superficie. El niño de la música para dirigir el mundo. La mejor obra de Picasso. El año en que nacieron los Derechos Humanos... Y la muerte de nuestros padres.)

El hombre no abandona su mirada, sigue con los ojos fijos en el espejo y atento a las palabras que escucha:

-(El agua turbia del odio y las manos en disputa que lo encauzan, un mundo de sutiles alianzas que oculta en sus raíces el leitmotiv del discurso de un poder detentado, la eliminación de todo vestigio humano que se atreva a cuestionar las ideas imperantes... Pero no saben que los ojos se vuelven hacia un remanso de paz y sueñan con no quedarse en la añoranza.)

Han transcurrido unos segundos en los que sólo su

cuerpo estaba al otro lado del reflejo. Luego se ha puesto en pie, aproximado al espejo y escudriñado cada rincón en busca del mínimo indicio que le recuerde el año en que nació. No sabe qué ha podido suceder pero se ha borrado de su mente, y en su lugar queda un poso de nostalgia que se extiende como bálsamo por su memoria. Del espejo escucha las últimas palabras:

-(Ahora, que me miras a los ojos, ahora sé que es verdad, que has llegado para unir tu madurez que expira a esta senectud cuyo camino iniciamos. Ahora, que me miras a los ojos, ambos apreciamos su reflejo.)

Y en él nos vamos.

## Juan Carlos Somoza García

Primeras inquietudes literarias año 1970, componente del Grupo Literario "García Lorca" y Agrupación Hispana de Escritores. Circunstancias personales y familiares (subsistir) me apartan de la participación activa. Transcurrido un reducido período de treinta años vuelvo a la normalidad incorporándome en el Taller de Escritura Creativa Alfa, bajo la tutela y dirección de la licenciada Ana Belén Alonso, donde llevo disfrutando casi dos lustros. Ella es la "culpable" de que, desde el pasado año, concurra a algunos de los certámenes literarios que se convocan.

- Finalista Certamen "Carmen Martín Gaité" 2008

- 2º premio Certamen Casa de Cultura Cruces-Baracaldo 2008

- 3º premio Certamen Ayuntamiento de Trijueque 2009

- 3º premio Certamen Ayuntamiento de Valdemoro 2009

Participación en el libro que cada año publica el Taller de Escritura Creativa Alfa, con la colaboración de todos los componentes (último: "Contacto -de la piedra a la pluma-")

Disfruto leyendo y escribiendo como un bisoño aficionado.

.



# Marea Celeste

*Eduardo Jauralde*

Sobre el jardín, el cielo azul despliega a esta hora de la tarde una suave transparencia otoñal. Tumbado en una hamaca de lona verde, un hombre dormita bajo las ramas del cerezo. De su boca entreabierta se escapa un leve ronquido y una pierna, la derecha, se estremece como sacudida por una descarga eléctrica. Cerca de la casa, sentada en una silla de hierro pintada de blanco, una mujer descifra el crucigrama que una revista de programas de televisión trae en la última página. La mesa en la que se apoya es igualmente blanca con pequeñas manchas rojizas, de hollín. Por momentos la mujer se queda en suspenso buscando una palabra difícil; mordisquea la goma que el lápiz tiene en uno de sus extremos y contempla al durmiente, su barriga que sube y baja, los sacudones de su pierna enferma; suspira y recuerda con nostalgia el tiempo en que ambos eran jóvenes y él prefería la hora de la siesta para descargar sobre ella todo el

fuego de su amor.

Cuando despierta, el hombre permanece un buen rato tumbado tratando de controlar las convulsiones de su pierna. Sabe que a fuerza de concentración el cerebro logrará imponer su autoridad; sabe también que subsistirá el dolor, como un rescoldo de brasas, torvo y traicionero. Cuando conquista la certeza de que la pierna no le fallará, se levanta apretando los dientes y camina hacia la mesa donde le espera su mujer. Ésta, al verlo llegar, cierra la revista, se guarda el lápiz en un bolsillo hondo del vestido casero que lleva y se pone unos guantes de jardinero, demasiado gruesos para la fragilidad de sus manos.

-Te vas a cansar para nada -dice el hombre-; mala yerba nunca muere.

-¿Vamos a dejar que se lo coman todo?

Empiezan a trabajar cada uno por su lado, sin hablarse. La mujer se arrodilla a los pies del seto que cerca los tres lados del jardín y empieza a arrancar a tirones las zarzas que corren a flor del suelo, como culebras. Al cabo de un rato, le duelen los hombros y la espalda y se toma un respiro, sentada sobre sus talones, con el busto erguido y las manos apoyadas en sus muslos escuálidos. Mira a su marido: ¿y si se cayera?; podría desnucarse y no volver a levantarse más. A pesar de sus años y de su pierna, él es aún ágil y robusto. Subido a un taburete rústico, maneja unas tijeras grandes de podar. De un tijeretazo seco decapita las ramitas rebeldes, los brotes tiernos que empiezan a descollar. Siempre le poseyó esa obsesión del orden, esa manía de la perfección geométrica. El seto ha de ser igual que una formación de sol-

dados perfectamente alineados. ¿Cómo pudo casarse con una muchacha como ella que llevaba siempre torcida la costura de las medias, la raya del peinado? Va a inclinarse de nuevo sobre la tierra para proseguir su trabajo, cuando la sorprende un zumbido. Se encoge sin atreverse a alzar los ojos y enseguida oye un golpe sordo que la estremece.

-¡Nos tocó la china! -grita el viejo que ha estado a punto de perder el equilibrio-. Ahora tendremos que avisar.

Deja caer las tijeras que quedan clavadas en la tierra blanda del parterre, se baja del taburete y se acerca al cuerpo que se ha estrellado al fondo del jardín, cerca del pozo, tronchando en su caída las ramas altas de la acacia. Mira a su alrededor en busca de un palo o de una rama. Siente un calambre en la pierna y se apoya en el tronco de la acacia. Su mujer se ha acercado quitándose los guantes y espera un poco más atrás, nerviosa.

-No te quedes ahí pasmada y vete a traer el rastrillo o búscame un palo. ¿No querrás que lo toque con las manos?

Ella ni se mueve. Permanece inmóvil, con la vista fija en ese ser oscuro, seguramente calcinado, que acaba de ser proyectado a su jardín y yace de costado, encogido y como abrazado a sí mismo.

-No parece tan raro como dicen, ¿has visto que lleva ropa?

Él no responde; se afianza en la pierna enferma que ha cesado de temblar, aunque sigue doliéndole, y tantea el cuerpo con el pie sano, sin conseguir voltearlo.



-Vestido o desnudo -dice retirando el pie-, estará lleno de piojos o de miasmas. Tendremos que exigir que desinfecten bien.

La mujer no lo escucha. Da un paso hacia el cadáver; no se atreve a tocarlo aún y lo señala con el dedo.

-Y esa ropa ¿no se le calcinó? Alguien nos está engañando.

-Siempre nos engañan, no te hagas la tonta. Pero vivimos bien así, tranquilos. ¿Dónde nos quieres meter?

Ella se inclina sobre el cuerpo que les da la espalda. Siente que se le eriza el vello de los brazos. No es la primera vez que ve un cadáver. Éste viste ropa sucia y desgarrada, pero sin traza alguna de chamusquina: unos pantalones vaqueros embarrados hasta más arriba de las rodillas; un chándal azul descolorido y muy gastado en los codos, con remiendos; unas zapatillas deportivas, de marca, aunque resulta imposible saber si son auténticas. No sabe por qué rezonga su marido ni le importa ahora, y va rodeando el cadáver despacio, sin dejar de observarlo, hasta que se sitúa del otro lado. Entonces se acuclilla y le mira la cara, las manos que asoman torcidas y crispadas.

-No está quemado -dice-: es negro.

-¡Mierda!, lo que nos faltaba. Llueven negros en mi jardín y nadie me avisa del peligro, ¿qué hace el marica del alcalde?

La mujer se incorpora.

-¿Cuándo se te secó el corazón? Nadie tiene la culpa de que te jodieras una pierna haciéndote el valiente.

-Voy a llamar -levanta el dedo índice y parece que la amenaza es para ella-. Voy a llamar, y que se lleven esta carroña como si fuese un perro muerto.

Se aleja hacia la casa arrastrando la pierna y escupiendo improperios. Ella piensa que en ese momento es mejor dejarle descargar su veneno y vuelve a observar al cadáver, su cara. Tiene los ojos cerrados, pero se le adivinaban saltones, grandes como ciruelas. Nota una cicatriz antigua en el labio superior. "Es increíble que no se haya despachurrado con el batacazo", murmura. Días atrás, cuando apareció el fenómeno, las autoridades explicaron que se trataba una lluvia provocada por la implosión de un cuerpo celeste habitado. Nadie debía acercarse ni tocar los bultos renegridos que llovían del cielo. "¿Cómo me voy a creer ese cuento chino?"

El marido reaparece con cara de pocos amigos. Blande en su mano derecha el teléfono inalámbrico.

-¿Puedes creer que no me lo cogieron? -amenaza con el puño-; serán cabritos.

-¿A quién llamaste?

-A la policía.

-Lo tendrán descolgado.

-No digas tonterías. Se oye un contestador que repite la misma frase: si llama para señalar la caída de un extraterrestre, déjenos sus datos y ulteriormente nos pondremos en contacto con usted. Pide que escuchemos los comunicados que difunden los medios.

-¿Y no pusiste la radio?

Él se alza de hombros.

-Si no quieren venir a por ese negro de mierda, que

se pudra donde está. O mejor, esta noche o mañana temprano lo agarro y lo saco a la vereda. Venga, vamos para casa, aquí ya no tenemos nada qué hacer.

Aunque al principio él se niega, encienden el televisor a la hora del informativo de las nueve, mientras cenan. Se enteran así de que esa tarde la lluvia ha anegado numerosos patios y jardines, innumerables plazas y calles. Por primera vez, los servicios de limpieza están desbordados. El presentador habla con voz grave y semblante amenazador: "no se descarta que alguno de esos seres conserve aún cierta forma de vida."

Él se burla de las metáforas periodísticas, con la boca llena. Esgrime el cuchillo con el que acaba de cortarse una porción de queso:

-Después de todo, hasta hemos tenido suerte; no nos ha llovido más que uno.

Cuando termina de cenar, enciende un cigarro y se queda a mirar la televisión que no vuelve a ocuparse del asunto.

Ella recoge la mesa y desde la cocina, bajando la voz para que él no la oiga, llama por teléfono a sus amigas y les cuenta que esta tarde les ha llovido uno de esos extraterrestres de los que han hablado por la tele. Que es mentira que lleguen achicharrados: el nuestro es negro y viste pantalones vaqueros manchados de barro, explica.

Él insiste para que se acuesten a la misma hora de siempre:

-A mí no me quita el sueño un negro muerto.

Pero en la cama, ella le siente dar vueltas y vueltas a su lado hasta que al cabo de un rato largo se levantan.

ta a oscuras. Lo sabe capaz de cualquier burrada y se alarma:

-¿Adónde vas?

Aunque no le contesta, adivina lo que está haciendo porque le oye hurgar en el cajón donde guarda las medicinas.

-¿Vas a tomar morfina? ¿Te está doliendo mucho?

-Si lo sabes ¿por qué me lo preguntas?

Va a decirle que se tranquilice, pero se calla. En ese momento siente más compasión por el extraterrestre muerto que yace en el jardín. No puede dejar de pensar en él. No puede quitarse de la mente sus manos laceradas, su boca de labios violáceos, los párpados abultados... ¿De qué estrella se habrá caído?

Serán las dos de la madrugada cuando la noche se llena de ladridos duros como taladros. Enciende el velador y se sienta en la cama, sobresaltada:

-¡Dios mío!, se lo van a comer las alimañas.

Envuelta en una vieja bata de color azul, abandona la habitación sin atender a las protestas del hombre que lucha de modo patético por encontrar el camino del sueño a través del dolor y de la nube de morfina. Lo mira con una mezcla de enfado y desprecio preguntándose cómo será la vida con él a partir de mañana.

Fuera, siente la respiración apacible del jardín, narcotizado por el perfume de una brisa marina, cálida y húmeda; percibe el roce nocturno de las hojas insomnes. Camina sin ruido, frágil fantasma azul en el tenue resplandor de una noche sin luna, iluminada apenas por el eco de las luces urbanas.

Cerca del pozo, el extraterrestre yace boca arriba

con los brazos en cruz. Tiene los ojos abiertos, desorbitados y de su boca se escapa un jadeo ahogado. Ella se lleva una mano al corazón, no sabe qué hacer, da un paso hacia él, apoya una rodilla en tierra y hace ademán de limpiarle con un dedo la salivilla que le escurre por las comisuras de los labios, pero se arrepiente y se incorpora de un brinco, impropio de su edad. Retrocede hasta tropezar en el pretil del pozo y entonces se le ocurre que podría limpiarle y refrescarle con el agua que siempre hay en el cubo. Busca en el bolsillo de la bata un pañuelo inexistente, mira instintivamente hacia la casa donde se ha encendido una luz: su marido fuma apoyado en la jamba de la puerta, echando todo el peso de su cuerpo sobre la pierna sana. Lo ve arrojar el cigarrillo y aplastarlo con el pie. Luego echa a andar, cojeando, pero no directamente hacia el pozo, hacia ellos, sino hacia la caseta donde guarda las herramientas y de la que sale enseguida con la horca de tres púas. Se ha puesto una chaqueta vieja y se ha calzado los mismos zapatos que utiliza en sus trabajos de jardinería.

Cuando llega, hace un gesto de asombro y desaprobación.

-¿Qué hiciste? ¿Tú sola lo volteaste?

-¡Está vivo! -grita ella, histérica-, está vivo.

-Eso lo arreglo yo enseguida -dice él, y alza la horca sosteniéndola con las dos manos.

-¡No!

La mujer se tapa la cara. Cuando vuelve a abrir los ojos no sabe si ha transcurrido un siglo o un segundo. El extraterrestre yace con la horca clavada en el estómago; el mango apunta hacia el cielo negro, hacia la

noche donde retumban de nuevo los ladridos de los perros.

La sombra de su marido se aleja hacia la casa, cojeando.

## Eduardo Jauralde

Nací hace mucho (más de sesenta años) en Madrid, donde estudié Periodismo y Filosofía, pero sin alcanzar los ansiados títulos.

Por los años sesenta emigré a Francia huyendo del servicio militar y de la represión contra los estudiantes revoltosos. Recuerdo con especial ternura y agradecimiento eterno al canónigo que me abrió las puertas de su colegio y me dejó que enseñara castellano a sus pupilos, en Dol de Bretagne, a cambio de techo, comida y un puñado de francos franceses.

En los años ochenta hice un viaje por las Américas (Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador, México, Guatemala). A la vuelta empecé a escribir cuentos.

Actualmente participo en el taller virtual 27etras

He ganado algunos premios:

Finalista. Hucha de oro, Madrid. 1993

Finalista. Hucha de oro, Madrid. 1994

Primer premio. Concurso de cuentos de "El Hierro".  
1994

Segundo accésit. UNED 1994

Primer premio. Concurso de cuentos de Laguna de Duero. 1995

Primer premio. Ateneo de Sanlúcar de Barrameda.  
1995

Segundo premio. Max Aub de cuentos. 1997  
Finalista (3º). Fernando Lara de novela, 2000 (Si no  
estoy en tu ahí)  
Premio Ateneo Libertario Al Margen (Valencia 2005)  
Finalista. Litopress. 2005  
Mención. II Concurso Internacional Revista Hybrido.  
2005  
Primer accésit. Concurso Internacional de Zaragoza.  
2005  
Segundo accésit. Villa del Río. 2006  
Segundo premio. San Esteban de Gormaz. 2006  
Segundo premio. Café Compás, Valladolid. 2008





# Trotamundos

*Ana Cristina Pastrana*

Nos habían dejado en el jardín, como se dejan las migas de pan duro a las palomas. Mi abuelo, más listo que los ratones de campo, no ignoraba lo que se cocía en la casa. Veía crecer la hierba, pero callaba. Era un toro de pura sangre diezmado. Amarrado a la silla de ruedas, esperaba el descabello. Sus ojos, gastados por el sol del estío y atemperados por la escarcha de los inviernos, leían en los gestos lo que las palabras, hipócritamente, negaban.

No era conveniente que el niño y el abuelo escucharan las discusiones de aquellos que se erigían en mayores de edad, dignidad y gobierno. Hoy decidían la suerte del viejo, la mía la barajaban a diario. Según mi madre, nunca llegaría a nada porque no tenía fuerza de voluntad. Mi padre pensaba que era un inútil, pero se lo callaba porque todo el mundo le espetaba que su retoño era igual que él.

Ambos sabíamos que la suerte estaba echada. ¡Mi abuelo estaba vendido y yo condenado a comulgar con ruedas de molino!

Le miraba desde abajo y, sentado a sus pies, pensaba en aquel cazador de perdices y su perra Canela, en las tardes que corríamos monte abajo como locos, en las patadas que le dimos al balón, en los revolcones en la era, las siestas en el pajar, en los cangrejos que, burlando a la guardia civil, llevamos del río a la cazuela. Mi abuelo conocía el monte como la palma de la mano, seguía el rastro del zorro, me enseñaba el nombre de los árboles, adivinaba el canto de cada pájaro, curaba la cecina de chivo como nadie y preparaba unas patatas con jabalí para chuparse los dedos. A menudo me contaba descabelladas aventuras que se atribuía como propias. Era un liante de primera y Reme, la pescadera, bebía los vientos por él. Siempre se ponía de punta en blanco cuando nos acercábamos a la pescadería y no escatimaba piropos hasta ponerla colorada. La tenía en el bote. Yo, encantado de la vida, porque con eso de que a mi abuelo le tenía ley, siempre apañaba una propina o unos bombones. En el colegio era la envidia de todos los compañeros porque, aparte de conocer los datos de todos los jugadores de la liga, era capaz de estar dos horas seguidas contando chistes. Así era mi abuelo, un trotamundos.

Agarré su mano temblorosa, antes firme y segura, esa mano protectora que me guió a través de las calles, que garabateó conmigo las primeras letras, que diseñó aquel camión de cartón y dibujó el corral con las ovejas... la misma que me abrazaba cuando despertaba llorando por la noche tras una pesadilla, la que acariciaba las cicatrices que me quedaron tras la caída de la bici, la que cerraba mis párpados cuan-

do me caía de sueño sobre su hombro, la que me atrapaba cuando cruzaba en rojo los semáforos, aquella que sostenía mi orgullo diezmado tras las puñaladas traperas que me propinaba Juanito cuando la envidia le asomaba por las orejas.

Sus pupilas se descolgaron de la cuenca de los ojos señalándome el camino de la verja. Su corazón, atrapado entre pecho y espalda, cabalgaba como un caballo desbocado. De su boca se derramó un sonido gutural que se estrelló contra el tímpano del infinito. Las flores sintieron el dolor que emanaba de su aliento taciturno. Seguí el rastro de sus ojos sabios, cosidos de sinsabores y preñados de esperanza. En el umbral de la puerta, espatarrado, se retorció Jacinto, mi gato. Un coche lo había destripado. Un grito helado acuchilló mi garganta. El minino sabía que su hora había llegado. La esmeralda de sus ojos vomitó un río de alfileres. Le arrojé con mi chaqueta y lo apreté contra mi pecho. Regresé al lado de mi abuelo. Se cruzaron nuestras miradas y dos lágrimas rodaron por mis mejillas. Los chicos no lloran, diría, pero, en esta ocasión, acarició mi cabeza con los dedos retorcidos por la artrosis. Depositó al felino en su regazo, confiando en el milagro. Su mano izquierda se paseó por el lomo del animal calmando su dolor. Las manos de mi abuelo tienen magia. Yo esperaba que lo salvara como había hecho con la burra o con los corderos, pero le durmió para siempre.

Enterré a Jacinto en el jardín, al lado del almendro, donde anidaban los pájaros con los que jugaba. Mi abuelo asintió con la cabeza. Luego nos quedamos

callados, reciclando los momentos compartidos con aquel gato callejero. Sé que él también lloraba en silencio, pero los dos seguimos mirando la puesta de sol como si no pasara nada. En la casa continuaban discutiendo. Mi madre argumentaba que no estaba dispuesta a llevar aquella carga y mi tía Luisa le echaba en cara que bien se había aprovechado cuando el padre era útil. Hablaban de testamento, dinero, bienes, residencia. El tema estaba claro: había que quitarse al viejo de encima. A mi nadie me preguntaba, a él tampoco.

Nos abrazamos como las zarzas y el rosal. Mi cuerpo sin formar y el suyo descosido. Noté el crepitar de sus huesos, la ternura que se escurría por sus dedos y, de repente, su boca se contrajo, el corazón se aceleró y la respiración, entrecortada, flirteó en su garganta. Quise pedir ayuda, pero su gesto me detuvo, suplicante. Descubrí en sus pupilas la mirada de Jacinto. Me aferré a su cuerpo desvencijado, atropellado por el hambre y la miseria, por el frío en la majada y las heladas en el monte, y recogí toda su herencia en aquel abrazo sin norte.

La luna recorrió sus brazos vendidos. Cerré sus párpados boquiabiertos. Una sonrisa cómplice se dibujó en su rostro, sembrado de arrugas. Jacinto lo esperaba en la otra orilla. Besé sus manos frías y lloré sin consuelo mientras sentía la caricia callada del mejor cuentista.

## Ana Cristina Pastrana

Ana Cristina Pastrana, pintora, ilustradora y escritora, estudió Psicología y Pintura, especializándose en óleo y vidriera. Trabaja óleo, carboncillo, sanguina y pastel, además de técnicas mixtas. Pertenece a la Asociación de Pintores del Bierzo.

En su faceta como escritora, lleva colaborando más de veinte años en revistas de carácter local, comarcal, provincial y nacional. Escribe relatos, poesía y como dramaturga, obras de teatro de crítica social. Tiene en su haber varios premios literarios de cuento y poesía. Entre otros:

1º premio de relato "Carmen Martín Gaité", 2005

1º premio de relato "Carmen Martín Gaité", 2007.

1º de premio de relato "Festival del Botillo", 2005.

Finalista en "Cuentos sobre ruedas", 2005.

Finalista en Premios "Max Aub", 2006

Finalista en premios poesía "Antonia Pérez Alegre", 2006.

2º premio poesía Ciudad de Astorga, "Vivencias de mujer", 2007.

III premio liter. "Certamen Literario de Baños de Montemayor", 2007.

Finalista en 3º certamen de "Cartas y Poemas de Amor Rumayquiya", Asoc. Artístico Literia Itimad, 2008.

Finalista en "VI Premi Literari de Constantí", 2008.

Finalista en 1º Premio Nacional de Microrrelatos "A contrarreloj".

Relatos Breves "Mujer, su mundo y vivencias", 2006 Seleccionada.

Ha dirigido el Show Juvenil "No me rayes", colaborando con asociaciones culturales, instituciones, ayuntamientos, etc., así como el grupo de teatro "Sal y Pimienta".

Actualmente colabora estrechamente con la asociación de La Carqueixa, enfermos afectados por la hepatitis C, así como con la asociación de la Uveítis.

Escribe en el Bierzo 7 sobre temas relacionados con la literatura y la pintura y en el Diario de León, donde colabora con el Filandón en la sección "Saber mirar" haciendo un recorrido por la vida y obra de pintores leoneses.

En el 2008 publicó el poemario "Todas las mujeres que hay en mí", en el que se descubre el alma de la mujer anónima. Actualmente trabaja en un libro sobre violencia, "QUE NINGÚN DEDO TE TAPE EL SOL" y otro sobre sexo, alcohol y drogas, "ENTRE REJAS".





# La Muerte de Juan Luciani

*Sergio Turovetsky*

## *El currículum de Juan Luciani*

-Y por ser Pro-men Consultora y toda nuestra Corporación víctimas de este infortunado suceso -dice el Rubio de traje oscuro a sus acompañantes, mientras esperan-, es que consideramos muy importante que conozcan ustedes cómo y dónde se produjo.

Los equipos y sistemas que verán, para los que desde ya reclamo el más absoluto de los secretos profesionales -y aquí hace un alto hasta ver el gesto de asentimiento de las visitas- están pensados para que las Empresas recluten los mejores recursos humanos sin pérdidas de tiempo, pues incorporar una sola persona implica muchas horas de disponibilidad de lugares, personal para inscripciones, psicólogos, médicos clínicos y especialistas, sociólogos, bioquímicos, entrevistadores y evaluadores, además de significar altos costos en papelerías, y el eterno problema de los análisis fraguados, o el del amigo que facilita las cosas.

Las puertas del ascensor se abren y los tres hombres ingresan a la cápsula; el Rubio de oscuro dice en voz alta: -Menos seis -y el aparato comienza a descender de inmediato, provocando un furtivo intercambio de miradas entre los visitantes. Al llegar al sexto subsuelo los hombres transitan por un largo pasillo y se detienen frente a un panel adosado a la pared, junto al marco de lo que parece ser una puerta corrediza de metal, que no tiene picaporte ni orificio visibles. El Rubio de oscuro se para frente al panel, percute un largo número en un tecladito digital, tras lo cual se enciende una intensa luz que envuelve a los tres hombres por algunos segundos y se apaga. Brilla ahora una placa que muestra la silueta de una mano, sobre la que el Rubio coloca su mano izquierda. Luego de un instante, la bruñida puerta se abre silenciosamente franqueando el acceso al salón.

El Rubio observa a sus acompañantes, que han quedado extáticos, con la cabeza y la mirada hacia arriba. -¡Al petiso se le va a caer la prótesis! -piensa divertido, viendo que el hombre de traje marrón tiene la boca abierta y muestra la dentadura superior algo torcida. También el otro, el que se presentó como Apoderado Legal de la Aseguradora, tiene cara de sorpresa, pero logra controlar sus maxilares. Lo que ambos observan estupefactos es un enorme recinto en el que cuelgan de arriba una gran cantidad de personas, a quienes se ve de espaldas y que, por estar colgadas de las manos, exhiben una variedad de pan-torrillas y tobillos, medias, zapatillas y zapatos.

-¿Hay algo que deseen preguntar? -inquire, ocul-

tando su regocijo el Rubio de oscuro.

-¿Quééé... ejem... Quééé estamos viendo? -logra organizar el Apoderado, mientras su compañero mueve las quijadas acomodando su dentadura.

-Lo que estamos viendo es el sistema que nuestra Corporación ha creado y denominado "Selector por Aptitudes de Personal Operativo" -detalla el Rubio. Esta gente -hay ahora aquí mil aspirantes varones- está participando de esa selección realizando una prueba, y al mismo tiempo entregando mucha de la información psico-física requerida para el otorgamiento de un puesto de trabajo. Y tan completo y veloz resulta este Informe, que cada aspirante abona con gusto un arancel de doce dólares -destaca.

-Pero... ¡están colgados! -balbuce el Petiso de marrón, viendo que todos están agarrados con ambas manos a una especie de manubrios que penden a unos tres metros del suelo- ¿Para qué? -se interesa, abordando su tarea que es investigar para la Aseguradora.

-Bueno, esencialmente, la persona colgada depende de sí misma -expone el Rubio.

Mientras más tiempo permanezca colgada más alta puede ser su calificación laboral, pues eso evidencia no sólo su fuerza, sino también su estado atlético, su convicción, su tozudez, su voluntad, sus ansias de progreso, su ambición por llegar; como pueden ver, son éstos últimos, valores y aspectos psicológicos muy apreciados por cualquier empresa, a la que le demandaría años comprobarlas -y aquí el hombre de oscuro hace un alto para tomar aliento, y prosigue-. Pero ésta es sólo una pequeña parte de la

información a obtener. Al estar ambas manos en íntimo contacto con las manoplas de sostén, la computadora registra de arranque sus huellas dactilares, -lo que proporciona de inmediato su prontuario policial y el conocimiento de su conducta histórica- mientras sensores especiales captan su temperatura, presión sanguínea, pulso y ritmo cardíaco, y toman muestras de sangre, realizando en pocos minutos un análisis completo, además de detectar la presencia en sangre de nicotina, alcohol o drogas. ¡Imaginen ustedes todo el tiempo, los lugares y el personal que insumiría la obtención de toda esta información y su posterior evaluación! -enfatisa el Rubio disfrutando con la perplejidad del Apoderado y del Petiso de marrón-. Sin embargo, la gestión completa del sistema está siendo realizada por una sola persona, que está allá arriba, en esa torreta, operando su computadora. El Apoderado y el Petiso de marrón dirigen sus miradas hacia la torreta, y pegan un respingo cuando todos los colgados giran súbitamente noventa grados, mostrando ahora sus perfiles a los visitantes, brusco movimiento de los manubrios de sujeción que motivó que varios aspirantes, -alrededor de cincuenta- caigan al piso, quedando algunos de pie y otros sentados sobre el grueso tapiz.

-Es el giro de los quince minutos -explica el Rubio de oscuro, reloj en mano, observando cómo los caídos abandonan el salón por una puerta lateral, y una cantidad igual de aspirantes ingresa y ocupa los manubrios vacantes, que han sido bajados para que puedan ser asidos-. Este repentino movimiento se practica cada quince minutos y sirve para determinar

la capacidad de reacción y de adaptación a nuevas situaciones de cada postulante -concluye.

-¿Y los que cayeron... quedan eliminados? -interviene el Petiso de marrón.

-¡No señor, aquí no se elimina a nadie! Todos tenemos el sagrado derecho al trabajo.

Los que cayeron y creen que pueden hacerlo mejor, podrán repetir la prueba a sólo ocho dólares. Y los que no deseen repetirla -lo instruye el Rubio- llevarán en el informe el tiempo de sujeción logrado.

-¿Y el casco? ¿Qué función cumple el casco -inquiere el Apoderado Legal, refiriéndose al que usan todos los Aspirantes, que es enorme y cubre totalmente sus caras y sus cabezas hasta la base del cuello.

-El casco es fundamentalmente protector, pero además, a través del sistema de audio que tiene incorporado, se dan instrucciones al Aspirante. Por otra parte, cuenta con detectores que evalúan la situación de las vértebras, realizan un electroencefalograma, un examen oftalmológico, una audiometría y toman muestras de saliva -abunda el Rubio de oscuro.

-Disculpe Licenciado, pero... -vacila el Petiso de marrón- ¿puede ser que todos los Aspirantes tengan la bragueta abierta y por allí salgan unas... mangue-ritas?

-Tiene usted muy buena vista, debe ser muy buen investigador -sonríe el Rubio.

Efectivamente, los Aspirantes tienen unas mangue-ritas conectadas convenientemente, que sirven para recoger y evaluar orinas, gases y materias fecales; para determinar la existencia de malformaciones e

indicios de homosexualidad y, en el caso de mujeres, captar también flujos vaginales y menstruales, y detectar rastros de abortos.

Abrumados por semejante ductilidad, el Apoderado y el Investigador guardan silencio, ensimismados.

-Tanta información, de mil personas, con una sola máquina -reflexiona el Apoderado.

-Tanta información con una sola máquina y un solo operador... pero no de mil personas. El sistema está evaluando y promoviendo más de cinco mil personas por día! -se jacta el Rubio de oscuro.

-Mmm... y uno de ellos fue Luciani -murmura el Investigador.

-Así es. Un trabajador. Uno entre cinco mil que quedó en el camino -asiente el anfitrión, tomando la iniciativa-. Un hombre con esposa, con hijos.

-Sí, un trabajador. ¡Un gran trabajador! Que entregó su vida para conseguir un trabajo digno -murmura el Apoderado-. Aunque cuando murió no estaba trabajando -agrega, como al descuido.

-¿Quiere que le diga algo? -dice el Rubio, echando un vistazo en derredor y bajando la voz-. Para nosotros, Luciani no era ningún gran trabajador! Era un nada. Un idiota -enfatisa-. ¡Una bosta!

-¡Y para nosotros es una Póliza que se pretende cobramos! -refuta no menos enfático el Apoderado-. ¡De un hombre víctima tal vez de una máquina que lo mata!

-Luciani no murió por culpa de la máquina. ¡No señor! -se enardece el Rubio-. ¡A él se le avisó por el audio que estaba a punto de sufrir un infarto, pero no

quiso soltarse. Se ve que le dolía todo el costado izquierdo y se soltó con ese brazo, pero continuó afeerrado con el brazo derecho, hasta que cayó fulminado. ¡Murió por estúpido!

-¿Pero por qué? -pregunta el Petiso de marrón con la garganta seca-. ¿Por qué no se soltó cuando le avisaron?

-Y... hacía sólo setenta y cinco minutos que estaba colgado. Se ve que quería lograr un mejor tiempo. Pero este asunto deberíamos terminarlo ahora. Acompañenme, por favor, a mi oficina -propone el Rubio, señalando la puerta y haciendo la punta.

Y tras él arrancan vehementes el Apoderado, esperanzado en lograr un buen arreglo, y el Investigador, anhelando encontrar algo fuerte para tomar. Van con tanta resolución que no advierten que el aparato vuelve a girar súbitamente, revoleando y despatarrando a cuarenta o cincuenta Aspirantes, ni el ¡Sesenta y dos! -que espeta el Rubio, tras lo cual el ascensor sale disparado hacia arriba; ni siquiera las dos larguísimas y niqueladas piernas que se llevan a otra parte a la secretaria de la dentífrica sonrisa, ni bien ellos ingresan a la oficina.

-¿Qué monto digamos, indemnizatorio, pretende Pro-men? -va al grano el Apoderado, tras el tenso silencio que mantienen mientras el Rubio sirve los whiskys.

-Bueno... Pro-Men ha contratado un seguro por un monto de cincuenta mil dólares.

Pero, para abreviar... podemos aceptar veinticinco mil, en dos cheques -se aviene el Rubio.

-¿Un cheque para Pro-men y otro para la familia de

Luciani? -interviene el Petiso de marrón.

-A la familia de Luciani ya se le devolvieron los doce dólares del arancel -aclara el Licenciado-. Es un cheque de quince mil para Pro-men y otro de diez mil, para mí -deslinda.

-Puedo aceptar su propuesta, pero en tres cheques. Quince mil para Pro-men, siete mil para usted y tres mil para nosotros -redistribuye el Apoderado, que está autorizado a comprometer hasta ese monto.

Y como esto es lo que todos esperaban, brindis y apretones de mano sellan el compromiso, y tras las mutuas congratulaciones y los saludos finales, parten ya Apoderado e Investigador.

-Al final, lo acomodamos bastante bien -afirma el Investigador, conduciendo con pericia el auto y observando los miles de hombres haciendo cola a las puertas del edificio de Pro-men Consultora, que van dejando atrás.

-Sí, es un buen arreglo -admite el Apoderado-. ¡Y vos te ganaste tus buenos cien dólares!

-Cierto, cierto -asiente el Petiso de marrón, apretando el acelerador y pensando en la equidad del reparto-. Por algo es el Apoderado -se dice.



## Sergio Turovetzky

El autor es músico.

Desde el año 2001 integra Talleres Literarios.

Sus cuentos han sido publicados en Revistas Literarias y en Antologías de distintas partes del mundo.

Ha participado, resultado finalista y recibido menciones y premios, en Concursos Literarios argentinos y extranjeros.





# El Trueque

*Roberto Jusmet Cassi*

Desde luego fue siempre un hombre escrupuloso. Las facturas, por ejemplo, las pagaba antes de su vencimiento, por no deber. Llegaba a todas partes siempre con antelación, por no hacerse esperar. Incluso el crédito que le concedieron para sufragar el entierro de su mujer, lo amortizó con bastante anticipación.

Hace poco tiempo que se ha jubilado. Su pensión, aunque modesta, le resulta suficiente. Después de cuarenta años de trabajo, ha logrado ahorrar tres mil euros. Un rinconcito para imprevistos.

No le gustan los seguros. Desconfía de ellos. Éste es hoy su problema.

"Puesto que vivo solo -se dijo- y no tengo parientes, ¿quién se ocuparía cuando fallezca de que se cumplan las cláusulas contratadas en la póliza? Nadie, claro. Mal negocio."

Creyó oportuno, pues, personarse en la oficina de servicios funerarios para informarse y, en caso de interesarle, gestionar él mismo su entierro.

-¿Qué cuesta actualmente -preguntó al funcionario encargado- un entierro modesto, con las pompas imprescindibles y con cremación incluida?

-Pues... aproximadamente, unos tres mil euros -le contestó.

-¿Y, el año que viene, cuánto costará? - siguió preguntando.

-Algo más, supongo. Todo sube. Ya se sabe.

-Sólo tengo tres mil euros -aclaró el hombre con cierta timidez-. El año que viene, pues, no me llegará el dinero. ¿No podría -añadió luego en tono de súplica- pagarlo ahora por adelantado y que me quedara el precio congelado hasta mi muerte?

-Claro que no -contestó el funcionario asombrado-. ¿Cómo quiere que le facture el entierro? Falta el cuerpo del difunto.

Cuando, fatigado, volvió a su casa, se sentó en el sillón y, con marcada contrariedad, se dijo: "Toda la vida trabajando y ahora... ahora no me va a llegar el dinero para pagar mi entierro. Es el colmo. Aunque, la verdad, no me explico por qué me preocupo tanto; total, una vez muerto... pero debo hacerlo porque, claro, si cuando fallezca el dinero no llega, me echarán a la fosa común y será el Estado el que se quede con mi dinero ¡No, no! Necesito encontrar una solución. Una solución sería, quizás, renunciar a la pensión de jubilación y volver a trabajar. Pero ¿quién me iba a dar trabajo a estas alturas? ¿Y cuánto me pagarían? Seguro que menos de lo que ahora cobro de pensión. ¿Qué hago, pues?"

Aunque, por higiene mental, trató de distraerse y de olvidar el problema que le embargaba, éste se le

reproducía inquietante cada noche impidiéndole dormir.

Pero, una mañana, pasado un tiempo, se levantó de la cama con renovada energía. ¡Había encontrado la solución! Un programa de televisión de la noche anterior le había brindado la idea. Decidió trajearse y salir a la calle.

En la Facultad de Medicina tuvo que recorrer largos pasillos hasta encontrar la unidad de donaciones de cuerpos. Como ya estaba previamente informado por el programa de televisión de las condiciones de la donación, tras un cambio de impresiones con el funcionario, firmó el acta de compromiso. No obstante, antes de hacerlo, quiso aclarar unas cláusulas del contrato y preguntó:

-¿Existe algún gasto a mi cargo?

-No, ninguno -contestó el funcionario-. Todos los gastos corren a cargo de esta Unidad.

Ya fuera de la Facultad, en la calle, la belleza de la mañana le sorprendió. Se sentía feliz. Había resuelto su problema. "Ahora tengo tres mil euros para la vida - pensó-. No para la muerte". Y siguió paseando hasta la hora de comer.

Cuando llegó a su casa se cambió de ropa y se estiró en la cama. Mientras descansaba, le sobrevino la desagradable sensación de que su cuerpo ya no le pertenecía, que lo tenía prestado. Como en una película de terror, visionó su imagen diseccionada bajo un foco de luz en una clase de anatomía. Nervioso y angustiado, sintió la necesidad urgente de palparse el cuerpo entero una y otra vez. Hasta que su mano se posó expectante en un punto concreto en el que,

tras unos movimientos rítmicos e insistentes, el placer le sumió en el cansancio y luego en el sueño.

## Roberto Jusmet Cassi

Roberto Jusmet Cassi nació en San Sebastián en 1938, aunque siempre ha residido en Barcelona. Fue actor de teatro y cine en principio y, más tarde, ejerció como asesor laboral hasta su jubilación. Ha publicado relatos breves en *El Noticiero Universal* y en las revistas *Agricultura y Economía* y *Literata*, entre otras. También fue ganador del concurso E. Poemas de *La Vanguardia* en el año 2005.



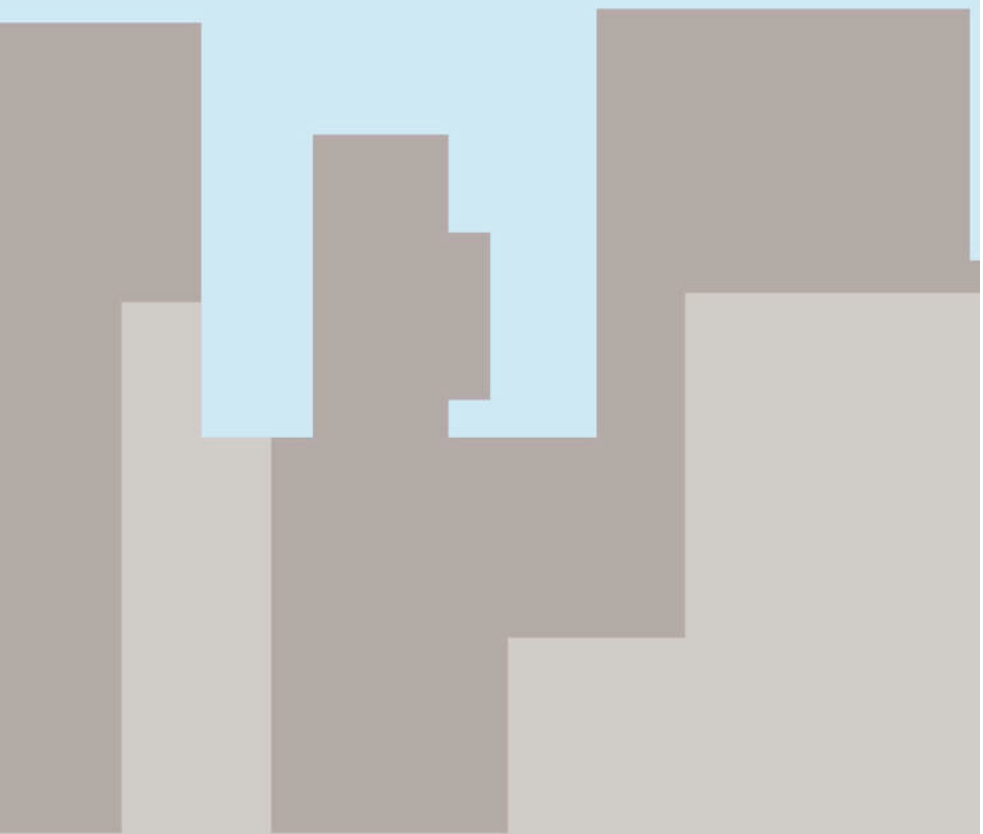
# EDICIONES AL MARGEN

## Títulos publicados

1. A PALO SEKO  
J. A. Marrodén «Marro»
2. I CERTAMEN DE CUENTOS
3. II CERTAMEN DE CUENTOS Y ENSAYO
4. ARTÍCULOS PERECEDEROS  
Antonio Pórez Collado
5. III CERTAMEN DE CUENTOS
6. BREVIARIO PARA OVEJAS NEGRAS  
Antonio Pórez Collado
7. IV CERTAMEN DE CUENTOS
8. MANERAS DE OLER LA MUERTE  
Voro Puchades
9. V CERTAMEN DE CUENTOS
10. PEPE EL OKUPA  
Ana Ibáñez / Emilio Corzo
11. QUERIDAS CADENAS  
Antonio Pórez Collado
12. VI CERTAMEN DE CUENTOS
13. NO ESTAMOS TODOS,  
FALTAN LOS PRESOS (Fanzine)
14. TIEMPO AL TIEMPO  
Rafa Rius
15. CHARLA DE MARK BARSLEY (Folleto)

- 16 . PLATOS Y RELATOS  
Varios
- 17 . OASIS EL DESIERTO Y OTROS POEMAS  
INCIVILIZADOS  
Voro Puchades
- 18 . VII CERTAMEN DE CUENTOS
- 19 . GUIX D'ATZUCAT  
Vicent R. Mart nez i Aguilar
- 20 . CENESTESIA  
JosØ M" Nunes
- 21 . 8 CERTAMEN DE NARRATIVA SOCIAL  
DE L'ATENEU LLIBERTARI AL MARGEN





al margen